

EDICIÓN DE
MARGARET WEIS Y TRACY HICKMAN

La magia de Krynn



CUENTOS DE LA DRAGONLANCE · VOLUMEN 1
minotauro



LA MAGIA DE KRYNN

CUENTOS DE LA DRAGONLANCE I

EDICIÓN DE MARGARET
WEIS Y TRACY HICKMAN

minotauro

Cuentos de la Dragonlance nº 01/06 La magia de Krynn

© 1987 TSR, Inc.

© 2025 Wizards of the Coast LLC. All Rights Reserved. Licensed by Hasbro.

Originally published as *Dragonlance Tales nº 01/06 The Magic of Krynn*

Wizards of the Coast, Dungeons & Dragons, D&D, their respective logos, Dragonlance, and the dragon ampersand are registered trademarks of Wizards of the Coast LLC in the U.S.A. and other countries.

All characters in this book are fictitious. Any resemblance to actual persons, living or dead, is purely coincidental. All Wizards of the Coast characters, character names, and the distinctive likenesses thereof, and all other Wizards trademarks are property of Wizards of the Coast LLC.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Mila López

Rediseño de cubierta: Coverkitchen

Imagen de cubierta: Henry Higginbotham

ISBN: 978-84-450-1122-5

Depósito legal: B. 5.086-2024

Printed in EU / Impreso en UE.

US, Canada,

Asia, Pacific & Latin America:

Wizards of the Coast, Inc. Way

P.O. Box 707

Renton, WA 98057-0707

+1-800-324-6496



European Headquarters:

Hasbro UK Ltd Newport,

Gwent NP9 0YH GREAT

BRITAIN

Visit our web site at www.wizards.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	9
1. RIVERWIND Y LA VARA DE CRISTAL AZUL.....	11
Michael Williams	
2. EL MONSTRUO DEL MAR SANGRIENTO.....	31
Bárbara y Scott Siegel	
3. A TIRO DE PIEDRA.....	61
Roger E. Moore	
4. SUEÑOS DE TINIEBLAS, SUEÑOS DE LUZ.....	87
Warren B. Smith	
5. EL ÚLTIMO HOGAR	127
Nick O'Donohoe	
6. GENERACIÓN PERDIDA	183
Richard A. Knaak	
7. LA PRUEBA DE LOS GEMELOS.....	211
Margaret Weis	
8. LA COSECHA.....	233
Nancy Varian Berberick	
9. EN BUSCA DE LA FE	281
Mary Kirchoff	
10. EL LEGADO.....	335
Margaret Weis y Tracy Hickman	

RIVERWIND Y LA VARA DE CRISTAL AZUL

Michael Williams

I

*Aquí, en las llanuras donde el viento
abrazo la luz y su ausencia,
donde el viento es la voz que baja de los dioses
y el rumor de la tonada antes de que el canto comience,
aquí, el Pueblo camina en un continuo errar
hacia el hogar, bajo los vientos,
en perpetuo movimiento.*

*Un anciano canta la canción de un país ausente,
hermoso, despiadado como la luz del sol,
frío como vientos imaginados tras el ojo de la lluvia;
y allá lejos, hijos y padres míos,
la canción del campo se cierne y abate
sobre la tierra dormida
como un halcón,
hijo del hambre y las corrientes térmicas,
cantando eternamente,
cantando:*

No siempre fue después de las guerras.
Hubo un tiempo en que el fuego
no prendía por sí mismo en la hierba marchita;
un tiempo de aguas abundantes
y luz evanescente,
cuando no imaginábamos
que surgiera un nuevo país
del largo espejismo de países
elatados de madres a hijas,
en un sueño yermo
en el que nada de esto habría sucedido.
Ni las lunas en su danza
ni los corazones francos de los halcones
ni el propio viento
previeron que los fuegos,
ardientes como sangre de arpías
en las venas de la tierra,
consumieran nuestro sueño
mientras dormíamos al final de la jornada,
mientras todo esto ocurría.

Una patrulla encontró al niño
entre olas de hierba y oscuridad,
la noche de la conjunción de las lunas
en que la luz se desvaneció,
dejando el cielo negro
a excepción de una cuña de plata,
curva como hoja de espada,
en el corazón del firmamento.

Y fue con el nombre de la noche
en que lo encontraron
por el que se lo conoció.
Atrás dejó los años sin nombre,
los de su tiempo entre los leopardos
que debieron de criarlo
entre olas de hierba y oscuridad,
aunque él no lo recordara,
ni hablara de las tumbas apiladas
en las que sepultó su niñez
y sus primeras palabras infantiles.

Fue la noche en que lo encontraron
la que le dio nombre.
Riverwind, nombre prestado,
tomado de la hierba,
de la oscuridad en movimiento,
del temor provocado por el cielo
y la afilada hoja de una luna devorada.

Y fue respetado por las familias
al irse perdiendo entre las gentes
el origen de su sangre,
enterrado, al igual que se entierran con palabras
la senda del antílope y el grito del halcón.
El viento perpetuo murió tras su cabeza
al ir caminando y caminando,
al ir haciéndolo suyo los que-shu,
al ir haciéndolos él su pueblo,

hasta que el sueño de los que-shu
se unió a su sueño
como la noche a la luna,
y sus únicos recuerdos fueron
la llanura
y el viento
y el continuo vagar errante.

II

Riverwind, tomado de la noche,
creció siendo los ojos del Pueblo,
el lector del aire, del viento descendente.
Y, en su subconsciente,
un profeta, un chacal,
porque el rugido del leopardo,
inaudible para el Pueblo
salvo en el lugar donde el mundo se precipita,
resonaba en el fondo de su mente.
Y su mano ágil,
como la del halconero, o como el propio halcón
surcando el aire libre de correas,
era la mano del Pueblo,
la mano izquierda,
la impetuosa,
la que sujeta firme el arco.
Y así habría seguido siendo, hijos y padres míos,
pero llegó la noche de las lunas danzantes,
la del cielo negro y plata en el este

y rojo en el ocaso del oeste.
La noche en que presentamos a nuestras hijas.

Arropada en el amor de su pueblo,
en el antílope, en el zorro,
en las altas plumas del halcón,
con diez inviernos contados,
apareció la Hija de Chieftain, la princesa
sin compromiso con hombre ni con aflicciones,
sin compromiso con lo que jamás podría ser.
La apostura de los jefes
corría por sus venas cual viento que domina el mundo.

Ella fue el corazón del cazador
en el corazón del Pueblo errante,
oro en los ojos que imaginaron ver,
oro descendiendo de la luna
la noche que le dio nombre.
Y Riverwind supo que aquella jornada,
tregua con el horizonte, llegaba a su fin
envuelta en la luz y su promesa.
Benditos los días que lo acercaron a ella,
bendito el aire
que le llevó sus cantos de enamorado.
Y el campo, a sus espaldas, cual coro de abejas
bordeando lo inaudible, le decía:
«Aquí está la mayor dulzura.
También está el dolor,
y tú tendrás que aprenderlo».

Siete los veranos
que ella lo eludió,
inviernos en los que el frío y el campo
chocaron con las palabras: Hija de Chieftain.
El corazón del antílope, partido en dos,
se desangraba
sobre el polvo arremolinado a sus pies.
Y el anciano, el abuelo,
el peregrino, Wanderer,
lector de los cielos,
vio emerger un rostro de niño
eclipsando al del hombre,
como ocurriera con las lunas
la noche que le dio nombre;
un rostro infantil repitiendo como un hechizo,
como un amuleto: Hija de Chieftain.
La vieja historia repetida
de amor y lejanía,
de fronteras
ante las cuales el corazón se doblega.

No fueron los de Wanderer
los únicos ojos vigilantes
mientras todo esto ocurría.
En los ojos de la princesa,
el ojo del leopardo
fue reflejo sobre reflejo
mirándose en la eternidad,
como pensamientos en un largo camino.

No fueron los de Wanderer
los únicos ojos vigilantes.
En los de Goldmoon observó el jefe
la danza de miradas y murmullos,
y lo vio desde su posición de juez,
sentenció que era imposible,
y llamó a Riverwind para encomendarle
tres tareas inalcanzables:
«Podrás cortejar a mi hija
cuando vuelvas junto a mi hoguera
llevando la luna en tus manos,
las estrellas en un manto de colores,
y regrese del este portando
la Vara de Cristal Azul,
brazo de los dioses en un país olvidado,
fuente de toda magia».

Al escuchar esto,
Wanderer oyó el *NO* y otra vez *NO*
en el fondo de las palabras.
Él sabía que la magia
es luz fraccionada,
luz en el corazón de un cristal,
retorciéndose y enroscándose en sí misma
sin cambiar jamás su esencia;
sabía que la magia es luz fraccionada,
cuando Riverwind extendió su manto sobre la hierba
y en las gotas de rocío atrapadas
relumbraron las estrellas;

lo sabía cuando el cazador tomó el líquido luminoso
en el cuenco de sus manos
y volvió ante el jefe
llevando la luna en sus manos,
las estrellas en un manto de colores.
Pero aún quedaba la tercera tarea,
la terrible,
pues las otras eran sólo acertijos
que se plantean a niños, a cazadores,
a tantos otros que el jefe no recordaba.
El corazón y la mente de Wanderer
se retorcieron como la luz
del único y verdadero cristal,
plasmándose en palabras, susurros,
en consejos que oyó Riverwind
aquella noche, al filo de su marcha.
Y al dirigirse hacia el este
bajo las lunas titilantes,
hacia la fuente de luz
del núcleo de la Vara,
esa noche, una vez más,
fue la noche que le dio nombre.

III

Las llanuras son anchas como el pensamiento, padres míos,
como la memoria, donde el viajero
percibe en el límite del cielo
a los errantes niños muertos;

y más adelante, al irse estrechando el cielo,
bajo el terrible polvo,
los niños aceptan su nombre,
pues ellos son sus propias facetas
arrancadas a jirones durante el peregrinaje.

O así es como lo cuenta la historia
referida a la ceguera
en el país de los leopardos,
donde los ojos se quedan mudos
tras decir: somos parte de los niños,
de la piel, del polvo, de la memoria.

Pero el tiempo de la Vara no es tiempo,
como advirtió el anciano que ocurriría,
por saberlo al leer el corazón del halcón
e interpretar el sesgo del viento;
por saber que la llamada de la Vara
altera el paisaje y el corazón, y el modo
en que la memoria vaga por el corazón.
Y las lunas se cruzaron
en un ángulo imposible,
para reposar Solinari en la fuente del sol,
y Lunitari en los dragones.

Así supo Riverwind
que el leopardo se aproximaba,
con la piel desbordante de luz y oscuridad,
de oscuridad bullendo en luz,

hueso y músculo sometidos
ante túneles imaginados de llanuras y movimiento.
A sus espaldas,
algo se unió al canto del leopardo,
y brilló su ojo izquierdo
a través del leopardo
hasta alcanzar el límite del mundo.
Y a sus espaldas,
algo le dijo:
«Acuéstate, renuncia a esto de inmediato,
renuncia antes de que comience,
hijo, cachorro nuestro,
pues no conseguirás nada de este misterio;
nada, excepto hierba agostada, tinieblas, anhelos;
nada, excepto
las tumbas de tu infancia
expuestas a la luz de las lunas;
y la muerte.
La muerte callada que ves
allá donde el cielo se une con las llanuras,
será tu muerte que se aproxima».

Él sabe que toda esta historia
es un sueño producto del peregrinaje;
producto de la noche y del persistente coro de voces
que ocultó al Pueblo,
a Goldmoon, al jefe,
incluso al anciano.
Es la trama de la sangre,

el sueño que no puede recordar,
en el que el halcón baja en picado
arrastrando las alas como un trofeo, una presa,
con el viento rendido a sus ojos.
Mas, cuando él se acerca,
el leopardo y el halcón
se escabullen como el agua,
reflejos de luna sobre luna,
en el centro del reino de la Vara;
y persigue cada desaparición
acechando las trampas de las lunas.
«Anciano —susurra—. Anciano,
voy conociendo este país inexplorado».

Pero el peregrino viaja
a través de hambres emboscadas,
de campos sedientos que ahuyentan
conocimiento y sabiduría;
y las palabras del anciano
interpretan el camino que deja atrás,
pero el que aguarda frente a él
es un rumor de aguas,
de cristal que se alza desfigurado
por la luz de las lunas,
por el pensamiento y la ausencia del pensamiento.
Por fin, surge el agua ante él,
cual cristal azul.
«Esta vez, el sueño ha terminado —piensa—.
Esta vez... Esta vez...».

Pero el agua lo elude, se escapa
llevándose las lunas
a sus profundidades, cual recuerdos
o conjeturas de dioses, hasta que, de nuevo,
el agua aparece,
y en su espejo se ve a sí mismo
mirando a lo alto,
con las lunas enredadas en sus hombros;
y se arrodilla a beber, mas bebe demasiado tiempo,
pues desde el agua
se alzan sus propios brazos,
terribles, fríos como el viento,
arrastrándolo al fondo,
hacia las lunas y las tinieblas,
hacia la paz recordada del pasado
que murmura sobre su rostro difuso:
«Ven a mí, hermano mío, mi doble...».
Mas la voz del anciano regresa,
sacándolo a la superficie,
y el aliento de sus palabras,
que lo sostiene más allá de la fe,
cae sobre el fondo de las aguas que nunca fueron,
pues, en alguna parte,
el abuelo repite, repite:
«La fe es una faceta del cristal
que, al girar, capta la luz
y la moldea en formas y espejismos,
en un fuego fatuo
situado en el corazón del cristal,

donde no existe nada excepto luz,
dañada y rota,
más allá de las cosas.
Recuerda, hijo mío, recuerda...». Y Riverwind, renovado y redimido por las palabras, por el aire purificador, dice: «Anciano, también he superado esto, voy conociendo este país inexplorado».

Va conociéndolo hasta que el rojo y la plata de las lunas se mezclan en el aire, y la luz es dorada como las velas perfumadas de Istar, olvidadas, tal vez terribles, y allí, caminando cual leopardo, al filo de lo inaudible y de la fe, ve a Goldmoon que le dice: «Acuéstate, abandona de inmediato, renuncia a esto antes de que comience, amado, joven nuestro, porque puedes aprender todo con este misterio, todo por este misterio, hierba agostada y tinieblas y anhelos y el origen de los niños floreciendo para ti en invierno. Acuéstate, mi amor, descansa».

Aun así, camina hacia la hija de los jefes;
mas ella, en silencio, se aleja.
La historia de días y de años
gira cual remolino de aguas.
«Anciano —susurra él—. Anciano,
voy conociendo este país inexplorado».
Pero ella se aleja en silencio,
hacia el refugio y los brazos
de innumerables hijos de jefe,
que ante él se alzan eternamente
como pieles de muertos
relucientes de estrellas,
y que se abrazan eternamente a ella, que se vuelve,
—saetas de luz sus verdes ojos,
sus ojos, los de él bajo la luna sinuosa—,
y le sonríe mientras lo entrega a los guerreros.
«Anciano —susurra él—. Anciano,
voy descubriendo este conocimiento,
este sueño de la Vara
que es horrible cuando la Vara se rinde.»
Bajo las lunas, continúa su marcha
de pasos extraviados,
hasta que su piel se vuelve contra él,
moteada, oro sobre negro, sobre oro,
y sus fuertes manos semejan
un nido de cuchillos,
y su frente se inclina ante el tórrido viento,
ante el coro de leopardos.
En la garganta de ella,

esa garganta de innumerables jefes,
la sangre bulle, se alza
como espejismos, como corrientes térmicas,
y ya no quedan palabras
mientras él sueña su sueño,
y las gargantas se esclarecen.

Adelante. Sigue adelante sin recordar nada,
ni marcha, ni grito del Pueblo,
ni caza a la cabeza de la marcha,
ni horizontes, ni conjunción de lunas
en noches que le dieron nombre.
Ha dejado todo atrás, completamente,
rindiéndolo a la piel desbordante de luz y oscuridad,
de oscuridad bullendo en luz,
hueso y músculo sometidos
ante túneles imaginados de llanuras y movimiento.
Algo a su espalda
le canta al ordo, y su ojo izquierdo brilla
directamente, a través de espejismos,
hasta alcanzar el límite del mundo;
y el olor a sangre
se mezcla con el olor de la roca, del agua,
de las cosas bajo la roca y el agua
que son sabias y letales y buenas más allá de la razón.
Erguido y vertical,
más allá de la protección del leopardo,
entra cauteloso en la luz,
su primera y última piel

recordada y vencida,
de nuevo arropado por el largo sueño deslumbrante.
Y allí, en un templo de roca, frío,
insustancial como la lluvia,
impasible como el silencio pétreo,
se encuentra la Vara, que canta,
que canta:
«Levántate. Te has ganado esta paz
del límite del mundo.
Atrás dejas un país que se desvanece.
Álzame como un trofeo,
como una tercera luna en el cielo conocido,
y, en lugar de ser brazo de jefe,
sé tú el jefe mismo,
el señor de la tierra del leopardo».
Y Riverwind, impassible
como el silencio pétreo,
evoca el límite del cielo,
y los niños vagabundos muertos.
La Vara brilla de súbito
y alcanza la mano que la rechaza;
y allí, entre sus dedos, el mundo gira,
y en su subconsciente
la voz del leopardo, hecha palabras, canta:
«Acuéstate, renuncia a esto de inmediato,
renuncia antes de que comience,
hijo, cachorro nuestro,
pues no conseguirás nada de este misterio;
nada, excepto

las tumbas de tu infancia
expuestas a la luz de las lunas.
Y la muerte;
la muerte callada que ves,
allá donde el cielo se une a las llanuras,
es tu muerte que se aproxima».

Pero se somete a la luz de la Vara
que resplandece con más fuerza
al alumbrar el país afligido,
a las tres lunas, ahora equilibradas,
a la noche replegada en el corazón de la noche.
Y emite luz azul,
la luz del cristal revelada por la mano de un guerrero
descendiente de la estirpe del leopardo;
y el perpetuo corazón del Pueblo
recobró la memoria del pasado.
Pero Riverwind, impasible como el silencio pétreo,
ríe por vez primera
desde que el oeste desapareció,
porque sabe que este es el país
al que no ha logrado conquistar,
porque bajo las llanuras yace la nada,
porque la victoria camina
de la mano de niños muertos
a través de perturbadores años de luz.

IV

El resto de la historia, ya la conocéis:
cómo Riverwind, portando la Vara,
regresó con el Pueblo,
—oscuridad pétrea sus ojos—;
y lo que el jefe ordenó
—yo estaba allí y fui testigo,
mas mis palabras no los detuvieron—;
y lo que la Vara significó
en la mano de Goldmoon.

Pero, quizás, no sepáis que,
cabalgando por senderos de luz,
desde las llanuras hasta El Último Hogar,
ella le dijo:
«Ahora te has hecho digno,
no sólo ante mis ojos,
sino ante los del reino del halcón;
por siempre la historia prosigue;
por siempre la historia».

Pero Riverwind, *NO*, *NO*,
y otra vez *NO*,
a la luz fraccionada de la Vara,
porque, atrapada en el resplandor,
su mano, ahora incorpórea,
atraviesa las facetas hasta alcanzar
el núcleo luminoso,

y ve que no es de este mundo
la tercera luna que está saliendo.
Desde entonces,
la noche del corazón de la Vara
fue la noche que le dio nombre.

*Aquí, en las llanuras donde el viento
abrazo la luz y su ausencia,
donde el viento es la voz
que baja de los dioses
y el rumor de la tonada antes de que el canto comience,
aquí el Pueblo camina en un continuo errar
hacia el hogar, bajo los vientos,
en perpetuo movimiento
Un anciano canta la canción de un país ausente,
hermoso, despiadado como la luz del sol,
frío como vientos imaginados tras el ojo de la lluvia;
y allá lejos, hijos y padres míos,
la canción del campo se cierne y abate
sobre la tierra dormida
como un halcón,
hijo del hambre y las corrientes térmicas,
cantando eternamente,
cantando...*